



César López Zarragoitia

# CÉSAR, mi Maestro

## (I)

César más que una persona muy bien informada era un hombre culto. Alguien transformado, elevado por el conocimiento. Y era un Poeta. De esas raras personas que no ven la misma realidad que la mayoría de los otros. De esos seres que se mueven en la ciudad para ver sombras, reflejos, colores; que conforman historias al instante al oír una frase, o un canto... que organizan mentalmente una pintura conocida con fragmentos que el azar les presenta durante un paseo. De esos seres que ven señales, guías en los rejuegos del azar. Alguien que interpreta, que fabula constantemente la realidad.

Un profesor transmite conocimiento; un Maestro, sabiduría. César era un magisterio andante. Estar con él era ilustrarse. Educaba constantemente. Era su naturaleza, su esencia. Si de su boca no salía el saber, lo emanaba su persona, lo revelaban sus gestos, sus acciones, sus reacciones.

César López asumía la enseñanza desde una concepción holística. Para él adquirir una extensa y cuidada cultura general tenía el mismo grado de importancia que las horas que el estudiante dedicara a su instrumento. Para expresar musicalmente con imaginación, con profundidad conceptual y emocional, ambas cosas debían ir de la mano. Mientras más rico fuera el mundo interno del estudiante y más dominio de su instrumento adquiriera, más se acercaba este a la excelencia.

César era minucioso, dedicado y paciente al enseñar. Además de las clases en la escuela, me citaba a su casa los domingos y trabajábamos desde la mañana hasta la noche. Esas clases incluían audiciones analíticas – desde Kathleen Ferrier hasta Keith Jarrett – almuerzo con su familia, conversaciones etc. Su imaginación no tenía límites a la hora de hacerse comprender. Recuerdo que una vez para ayudarme a lograr cierto tipo de sonido en el piano, me hizo sentir el musgo sobre las piedras con la punta de mis dedos y sentir la almohadilla de las patas de un gato en otro caso.

Constantemente comparaba el lenguaje con el discurso musical y hablaba lo mismo de comas y puntos que de frases y semifrases. Para él la música era un lenguaje para expresarse. Me insistía en la asimilación de un cierto distanciamiento en el proceso de interpretar como un aspecto indispensable: Se debe transmitir emociones desde el control, pues sin control no podrá haber precisión y sin esta las emociones intencionadas sonarían desbalanceadas y sin arte. Como si uno se observara a si mismo y controlara la acción al tocar.

Me aconsejaba experimentar la vida conscientemente. Vivir y al mismo tiempo observar las vivencias. Andar observando, escuchando, sintiendo y fijándolo en la memoria. Así, me afinó con la naturaleza. Siendo tan joven yo y aprendiendo tanto de todo y de todos, la mente lo absorbía todo pero también lo procesaba constantemente todo. César me enseñó a sentir la brisa en la cara, a disfrutarla; me hacía notar ese melancólico color de algunos ocasos sobre los muros de la ciudad; me reveló el beneficio de pararse frente al mar, el beneficio de ser consciente de la respiración. Me enseñó a escuchar los silencios pues todo espacio produce silencios diferentes.

“Dudar de todo”, decía. No para crear un escéptico sino para atizar la curiosidad. No conformarse con lo que se lee, con lo que se dice, con lo establecido. Mantener la mente abierta e ir más allá y buscar uno mismo, inquirir, para obtener una idea más amplia y profunda de las cosas. Y sobre todo para formarse una opinión propia. Así a veces me hacía concebir dos o tres diferente versiones interpretativas de una misma obra. Aprendí con él que más que juzgar, es más sabio observar y tratar de comprender. Aprendí a evitar definiciones rígidas y opiniones categóricas pues todo tiene una parte que no vemos, una parte que se oculta, que desconocemos.

Como no quería deshacerse de sus viejos pianos para comprar nuevos, tenía dos de cola y uno vertical. Uno de los de cola lo compró a una pareja de ancianos que, muy necesitados, le pedían una cantidad de dinero inferior al valor del instrumento; el les pagó el verdadero valor del piano. Ayudaba a cuantos podía. Encontraba siempre lo mejor en la gente y era capaz de separar el daño de la persona misma. Daba y le costaba recibir. Se sentía más cómodo en escena acompañado de otros músicos que solo.

Su familia lo llamaba Pupy, algunos estudiantes, El César. Admiraba profundamente la humilde grandeza de San Francisco de Asís. En su estudio había un único retrato y era de José Martí. Yo, sobre mi piano he tenido siempre uno suyo.